

¿Mártires?

La iglesia católica no se ha purgado nunca de la bilis histórica acumulada cuando fue víctima de persecuciones. De la ideología martirial y el victimismo ha hecho seña propia de identidad, descriptor útil para su autoimagen y lavado de cara que contribuya a hacer olvidar sus propias actuaciones sangrientas...

En la iglesia católica el léxico martirial ha persistido incólume hasta hoy, también en sectores progresistas, haciendo un mártir de toda víctima cristiana. Cronistas confesionales llaman mártires al arzobispo salvadoreño Óscar Romero, defensor de los pobres, de los campesinos, asesinado mientras oficiaba misa (marzo 1980) y a los jesuitas muertos en la Universidad Centroamericana de San Salvador (noviembre 1989)¹, militantes sin duda, de una causa justa y víctimas de una violencia injusta, pero no catalogables bajo la rúbrica de martirio. Y hablan así no sólo periodistas católicos, ni solo con respecto a personas que sabían de antemano los riesgos que corrían. Juan Pablo II ha canonizado, sin otros antecedentes que una intachable conducta, a centenares de asesinados durante la guerra civil española, los de un frente solamente, el insurgente contra la República legítima. Esta iglesia romano-católica, que se precia de representar a Dios sobre la tierra para todos los humanos, computa como mártires solamente sus víctimas.

Alfredo Fierro
Después de Cristo
Pág. 99

¹ J.J. Tamayo en *El País*, 3 de abril de 2007